

ra del censo ganadero, no han cambiado ni en lo más mínimo esta situación, a pesar de que se gastan 5.000 millones de pesetas anuales en este concepto.

Por el contrario, dicha estructura se puede ver alterada sustancialmente, y en sentido negativo, por hechos incontrolados, consecuencia de la situación general, como es el sacrificio de 70.000 vacas reproductoras —el 10 por 100 del censo— en la pasada campaña.

La actuación de la Agencia de Desarrollo Ganadero, tendente a aumentar el peso y, por tanto, el rendimiento del vacuno, acción limitada ya desde un principio, se ha destinado únicamente a los grandes propietarios, dejando a todos los demás desasistidos de estos apoyos (cuando el 95 por 100 de las explotaciones ganaderas tienen menos de 10 vacas reproductoras).

Y nada más. La política de precios de sostenimiento ha elevado sistemáticamente los precios finales, y ello ha producido un retraimiento del consumo de la carne de vacuno, especialmente sensible en los últimos seis meses: el consumo de carne de vacuno era de 8 kilos por habitante al año en 1964, y en 1973 sólo había aumentado hasta 11,5, al tiempo que la renta «per cápita» se triplicaba en el mismo período. Por el contrario, aumentaba el de otras producciones, la de cerdo y la de ave, especialmente.

Nada se ha hecho ni se hace para atender al problema fundamental: la elevación de los costos de producción, y en concreto el costo de los piensos, naturales o artificiales, base de la alimentación del ganado, por la falta de una política de apoyo a los cereales pienso. En estos momentos, y como prueba más evidente de esta contradicción, tenemos trigo para todo el año, aunque no se cosechara un solo kilo —tales son nuestros excedentes—, y, por el contrario, vamos a tener que importar cerca de 40.000 millones de pesetas de maíz, vital alimentación ganadera y sector víctima de una política que puede llevar a su práctica desaparición. Al tiempo siguen prácticamente estancadas las producciones de cebada y avena, con crecimientos pequeños que no guardan proporción con la demanda potencial por parte de la ganadería: los esfuerzos son insuficientes y el trigo, como siempre, sigue siendo el primer beneficiario de la política agraria.

Pero la crítica situación del vacuno, fundamental en la ganadería, no es una isla en el panorama general de la producción animal. Dificultades también conoce el porcino, cuyo censo se redujo en más de 400.000 cabezas en 1974, aun cuando la producción se mantuviera estable. En este sector, junto al problema general de los precios, se plantea el de las subvenciones —cle-

vadas de cinco a diez pesetas por kilo en febrero de este año—. Curiosamente, y al tiempo que se están importando canales de cerdo y sacrificando hembras reproductoras —se habla de más de un 30 por 100 del total—, las subvenciones no se dan al productor, sino a las industrias cárnicas y a los mataderos frigoríficos.

El ovino vive momentos difícilísimos y se encuentra en claro proceso de desaparición: el censo, tan solo en un año, se ha reducido en un 20 por 100, y la estructura del consumo, centrado fundamentalmente en los lechales y no en otros tipos, tiende a agudizar las dificultades del sector.

La carne de ave, que ha conocido un «boom» excepcional en los últimos años, desviando claramente hacia sí el consumo de carne de vacuno, se encuentra en estos momentos en dificultades, aun cuando todo indica que dado lo corto de su ciclo de producción —tan sólo dos meses— será posible superar los problemas actuales: éstos se deben precisamente a que, al haber aumentado el precio de las carnes de vacuno y porcino, se ha desviado la demanda hacia esta producción y el precio del pollo ha crecido, en cuestión de días, por lo menos en un 50 por 100. Como, haciendo gala de una falta de previsión notable, hace mes y medio se habían exportado o enviado a Canarias los excedentes existentes,

no ha habido manera de aumentar la oferta a corto plazo.

Y así se completa el triste panorama. Las incoherencias de la política ganadera y de la política agraria han conducido a una situación explosiva, agravada por el proceso inflacionista, al que lógicamente el sector ganadero ha contribuido en cierta medida. Productores y Administración discuten en estos momentos los precios para la próxima campaña. Al margen de que cabría preguntarse si son los intereses generales de los productores —a corto y a largo plazo— los que se barajan en la mesa de unas negociaciones en la que parece que ya está todo jugado, queda claro que los intereses del consumidor, víctima de unos aumentos de precios constantes y carente de toda orientación acorde con una política general, quedan totalmente fuera. ■

CARLOS ELORDI.

1965-1975

El homenaje al profesor Tierno

● No hubo discursos ni brindis. No se permitió la reunión de los dos mil comensales previstos.

